



CAPÍTULO DÉCIMO-CUARTO

Guerra franco-prusiana.—Fin del Imperio francés y del poder temporal del Papa.—Nacimiento del Imperio alemán.

Un año antes de la guerra, el *Diario oficial* de Francia había publicado este cuadro de sus fuerzas militares: «un ejército de línea de setecientos cincuenta mil hombres; cerca de seiscientos mil hombres de guardia nacional móvil; instrucción, en todas las armas, hasta un grado antes desconocido; reglamentos militares reformados y puestos en armonía con las nuevas exigencias; las condiciones de la vida del soldado y del oficial notablemente mejoradas; un millón doscientos mil fusiles fabricados en menos de diez y ocho meses; las plazas puestas en estado de defensa, y los arsenales provistos de material bastante para todas las contingencias.» Mas esto era lo que el mariscal Niel se había propuesto hacer, no lo que había hecho. Excepto los fusiles, todo lo demás era ilusión y mentira. El efectivo de las tropas no pasaba de trescientos treinta y dos mil hombres, y de éstos, había que descontar cincuenta mil, de guarnición en Argelia, y seis mil quinientos, que defendían el Estado romano. Un historiador muy instruido en las cosas militares, el coronel suizo Rüstow, calcula el número de combatientes franceses, á primeros de Agosto, en doscientos mil hombres, y la cifra que da el coronel Fay, en cinco de Agosto, es de doscientos sesenta y dos mil. La reserva que había de completar los setecientos cincuenta mil hombres, no estaba dispuesta, y la guardia móvil sólo existía en el papel. En punto á almacenes y provisiones, no digamos: en general, penuria; en algún que otro punto, exceso; en todas partes, confusión. Nada había dispuesto para la movilización. Batallones, escua-

drones, baterías partían para la frontera sin los objetos más indispensables para entrar en campaña. Aquí faltaban los efectos de campamento, ó las piezas de repuesto para los fusiles; allá, hasta el pan y la polvora; acullá, dinero, obreros de la administración, enfermeros y medicamentos. Tan grande era el desorden, que un grupo de obreros y de enfermeros destinados al ejército del Rhin, fué embarcado para Argelia. Y no había esperanza de que los objetos que las tropas no podían llevarse los encontrarían en las plazas fronterizas; porque los almacenes de Strasburgo, Metz ó Thionville estaban vacíos, en tanto que los depósitos militares de París y de Versalles rebosaban, y que los carruajes de transporte estaban amontonados en Chateauroux y en Vernon. Las plazas fuertes continuaban con el antiguo sistema de defensa, y nada se había dispuesto para reforzarlas. Con los recursos materiales corrían parejas las energías morales é intelectuales. Aquella corte frívola y corrompida había ejercido su influencia deletérea en el ejército, de igual modo que en la administración y en la sociedad. Más pronto se ganaban los entorchados en el baile de la emperatriz que en el campo de maniobras. A los oficiales que leían y estudiaban, se los despreciaba, aplicándoles el apodo de letrados. Escuela de guerra no la había. Muchos generales, valientes, pero perezosos y rutinarios, creían que bastaba con tener valor y arrojo para salir en bien de una batalla. Otros había peores, que, indiferentes á todo, menos á su egoísmo personal, eran capaces de dar vado á sus envidias y discordias delante del mismo enemigo. Formaba con unos y otros notable contraste el general Trochu, espíritu reflexivo, alma austera, que en mil ochocientos sesenta y siete había causado honda impresión con la publicación de un libro acerca del estado del ejército, de los peligros y remedios.

En todos estos respectos, Prusia y Alemania llevaban á Francia ventaja inmensa. En fuerza material, reunían, según Rüstow, quinientos diez y ocho mil hombres, prontos á entrar en campaña, entre infantería y caballería, con mil quinientos seis cañones; ciento sesenta y un mil hombres, de tropas de reserva, y ciento ochenta y siete mil, de tropas de guarnición. En punto á organización, cohesión fuerte, sólida disciplina, conocimiento profundo de los medios de acción y espíritu de iniciativa en todos, desde el jefe de ejército hasta el de destacamento. Tocante á la administración, orden y economía en todas partes, obrando el milagro de hacer mucho con poco. Desde el punto de vista moral, inveterados hábitos militares, que hacían de los prusianos un ejército más bien que una nación, habíanles inculcado el sentimiento del deber para con sus jefes y de los unos para con los otros, cuando se hallaban con las armas en la mano. Poseía aquel pueblo una fuerte moralidad relativa, pero que no transpasaba la frontera de su Estado; en las relaciones internacionales, su único criterio era la conveniencia. Las clases directoras se atribuían cierta superioridad étnica, y creíanse destinadas á realizar lo que llamaban misión de Alemania. Los devotos protestantes, los pietistas, presumíanse llamados á dominar el

CAPÍTULO DÉCIMO-CUARTO
GUERRA FRANCO-PRUSIANA

mundo en nombre de un cristianismo muy parecido al mahometismo; los incrédulos, los hegelianos, en nombre de la supuesta superioridad de raza. En suma: por los recursos materiales y por la fuerza moral, constituían los prusianos un poder formidable, que solamente habría podido ser vencido por otro poder que, disponiendo de instrumentos científicos iguales, estuviese animado de un principio moral superior.

Al abrirse la guerra, todos los presagios, pues, eran funestos para Francia. No tardó en convencerse de ello Napoleón III. En Metz, todo era desorden en torno suyo. Generales, intendentes, todos se quejaban, todos lanzaban gritos de angustia. Lentamente, con grandes dificultades y dolorosos esfuerzos, se iba organizando el ejército, que tenía por general en jefe á aquel ministro de la guerra, el mariscal Lebœuf, cuya negligencia y presunción habían conducido á esta situación deplorable. Los hermosos proyectos concebidos en el gabinete del Emperador, se habían desvanecido como el humo. Ya no había que pensar en pasar el Rhin, cortar en dos partes á Alemania, metiéndose por entre Prusia y los Estados del sur. Ni siquiera se intentó penetrar en las provincias de la margen izquierda del río, apoderarse de los recursos de los alemanes é impedir á sus ejércitos concentrarse á sus anchas. En vez de formar, con los doscientos mil hombres de que se disponía y que en breve se elevarían á doscientos sesenta mil, tres ejércitos, conforme al plan de campaña que había dejado el general Niel, no se formó más que uno, á las órdenes del Emperador, y se lo diseminó en un espacio de ochenta leguas, de Thionville á Belfort. Saliente contraste con estas disposiciones ofrecían los preparativos de los prusianos. Con sus quinientos mil hombres, organizaron tres ejércitos, que situaron, con ser sus fuerzas casi dobles de las francesas, en una línea la mitad menos extensa que la de aquéllos, de Coblenza á Germersheim, cerca de Landau. El gran estratego, Moltke, se proponía obrar con poderosas masas concentradas y partiendo todas del Rhin inferior. De suerte que el más fuerte en número se concentraba, el más débil se dispersaba. Los tres ejércitos invasores se pusieron en movimiento con orden admirable. El primero, mandado por el general Steinmetz, de sesenta mil hombres, marchaba por Treveris hacia el Sarre, esto es, hacia Lorena; el segundo, de ciento cincuenta mil hombres y que pronto contaría ciento noventa y cuatro mil, á las órdenes del príncipe Federico Carlos, se dirigía igualmente hacia el Sarre, pero por más arriba, más al Este; el tercero, de ciento treinta mil hombres y que no tardaría en subir á ciento sesenta mil, se formaba en Landau, al mando del Príncipe real, y amenazaba la Alsacia. El Rey Guillermo, Moltke y Bismarck fijaron en Maguncia el gran cuartel general.

En el campamento prusiano, todos los movimientos se efectuaban con precisión matemática; en el francés, todo se volvía órdenes, contra-órdenes, marchas y contra-marchas, que fatigaban y disgustaban á las tropas. No teniendo nada que hacer, se quiso aparentar que se hacía algo, y se desplegó todo un cuerpo de ejército, sostenido por

otros tres, para echar á un pequeño destacamento de Sarrebruck, ciudad abierta, donde se entró y de donde se salió sin ir más adelante. Esta insignificante escaramuza fué celebrada por los periódicos imperialistas como un brillante comienzo de campaña, y se metió mucho ruido con un telegrama, en que el Emperador anunciaba á la Emperatriz que el príncipe imperial había recibido «el bautismo de fuego, que conservaba una bala caída junto á él y que los soldados lloraban al ver su serenidad admirable». Los prusianos pensaban en cosas más formales. El tres de Agosto, el príncipe real de Prusia, que mandaba el tercer ejército, daba sus disposiciones para invadir al día siguiente la Alsacia. Los franceses no se enteraron del movimiento de los prusianos hasta que las granadas empezaron á llover sobre Wissemburgo. En vano soldados y habitantes defendieron con tesón la ciudad, que fué tomada y, á continuación, Geisberg. Así empezó la terrible guerra: honrosamente para el soldado francés, vergonzosamente para sus jefes. La noticia de este fracaso desconcertó al Emperador y á su séquito, que acordaron dividir el ejército en dos grandes cuerpos, cuyo mando confiaron á Bazaine y Mac-Mahon; mas la reunión de los diferentes cuerpos tardó en efectuarse. Los alemanes avanzaban. El seis por la mañana, varios generales instaron á Mac-Mahón que se retirase á los Vosgos, donde le sería fácil defenderse; pero el generalísimo vaciló, dando tiempo á que dos cuerpos alemanes, uno bávaro y otro prusiano, empeñasen la acción, que fué extendiéndose hasta las doce, en que se generalizó. Los prusianos pasaron el valle del Sauër y se apoderaron de la aldea de Morsbronn, sin que fueran parte á contenerlos las brillantes cargas de los regimientos de coraceros, que fueron casi aniquilados. Hacia las dos de la tarde, Mac-Mahón tomó la defensiva con energía desesperada. Nada consiguió. Frœschwiller fué tomada por asalto, cayendo aquí herido de muerte el valiente general de división, Raoult, uno de los héroes de Sebastopol. Los batallones franceses, fatigados, mutilados, se rompieron y se precipitaron en desordenada fuga hacia la pequeña ciudad de Reichshoffen, que también fué tomada, quedando la Alsacia abierta á los invasores. De los franceses hubo seis mil muertos y de siete á ocho mil prisioneros; las bajas de los alemanes fueron diez mil.

Al mismo tiempo que en Alsacia se peleaba en Lorena, y con la misma desventura para los franceses. Sostuvo aquí la embestida de los invasores el general Frossart, de talento é instruido, pero no habituado á mandar tropas. Los prusianos se apoderaron de Forbach, retirándose los franceses hacia Sarreguemines.

Las consecuencias de este doble desastre fueron tristísimas. Millares de soldados franceses no pararon en su fuga hasta Strasburgo; Mac-Mahon, con el grueso de las fuerzas, atravesó los Vosgos en dirección á Luneville, á donde llegó el diez, sin tener la precaución de destruir los túneles de la vía-férrea, que los alemanes, con indecible alegría, hallaron libres y abiertos; el general Frossart y los varios cuerpos de Lorena se replega-

ron en Metz. Napoleón y sus consejeros pasaron de la ciega confianza á la tímida confusión, que aumentaron las noticias que les llegaban de París, donde la nueva de los desastres había causado pánico inmenso. Los diputados de la izquierda llevaron el ocho al ministerio de lo Interior una nota, reclamando el armamento inmediato de todos los ciudadanos de París, á lo que añadieron los diarios democráticos el armamento inmediato de todos los ciudadanos. El nueve se reunió el Cuerpo legislativo, que derribó á Ollivier, reemplazándolo con el general Palicao, y votó el aumento del efectivo militar, el llamamiento á las armas de todos los solteros y viudos sin hijos hasta los treinta y cinco años, la reorganización y armamento de la guardia nacional, el curso forzoso de los billetes de banco, las medidas relativas á la guardia móvil y la elevación á mil millones del empréstito de cuatrocientos cincuenta millones, autorizado por la ley de veintiuno de Julio. Las tropas que ocupaban el Estado romano fueron llamadas, y enviadas, con todas las demás de que se pudo disponer, al teatro de la guerra.

El primer pensamiento de Napoleón III había sido reconcentrar todas sus fuerzas en Chalons; el ocho, resolvió continuar en Metz; el doce, volvió al proyecto de marchar á Chalons, pero no empezó á ejecutarlo hasta el catorce, saliendo de Metz con su hijo hacia las doce del día. El ejército, que se hallaba acampado en la margen derecha del Mosela, empezó á pasar á la margen izquierda, pero con tal pesadez, por la gran impedimenta de bagajes, que recordaba, al decir del coronel Fay, el ejército de Dario. Y sin embargo, los instantes eran preciosos. Los prusianos, habiendo reforzado sus tropas con las que sin cesar les iban llegando, emprendieron su movimiento de avance. El Príncipe real, por tener más que andar, se puso antes en marcha, con el tercer ejército hacia el Sur-oeste, enviando una división contra Strasburgo; pasó los Vosgos sin obstáculo en dirección al alto Mosela, hacia Nancy y Toul. El príncipe Federico Carlos, con el segundo ejército, avanzó por Sarreguémín hacia la cuenca media del Mosela, y el primer ejército, el de Steinmetz, pasó el Niel y se halló frente á Metz, en presencia del ejército francés de Bazaine, que disponía ya de ciento setenta mil hombres. Hacia las cuatro de la tarde, se trabó el combate de Borny, siendo los prusianos rechazados. Bazaine debió, ó lanzar todas sus fuerzas contra el agresor, ó proseguir la retirada, cubriéndola con su retaguardia. No hizo lo uno ni lo otro. El quince, volvió á poner en movimiento su ejército; pero con el desorden que revelan estas palabras del general Deligny, en su libro sobre el ejército de Metz: «Dirección general, ninguna; movimientos coordinados, ninguno; fin preciso, ninguno». El diez y seis de madrugada, salió el Emperador de Gravelotte, y no bien se hubo alejado, Bazaine dió la orden de alto sin saber por qué. Hacia las nueve, las tropas francesas vieron de repente atacadas por la parte de Vionville, empeñándose en un carnizado combate, que duró hasta las cinco de la tarde, sin que ninguno de los combatientes pudiera envanecerse con la victoria, siendo las pérdidas casi iguales, de diez y

seis á diez y siete mil hombres, entre muertos y heridos, por cada parte. El ejército francés, que se sentía victorioso, puesto que al fin había rechazado á los prusianos, esperaba al día siguiente continuar la marcha hacia Chalons, y cuando durante la noche se dió la orden de replegarse á Metz, su asombro y tristeza fueron tan grandes como la alegría del enemigo. La retirada se efectuó en la mañana del diez y siete, en confusión horrible. Bazaine participó al Emperador que volvería á emprender la marcha á los dos días, por el camino de Brien, «si le era posible», y ocupó delante de Metz posiciones muy extensas, desde Saint-Ruffine y Rozerieulles hasta Saint-Privat y Roncourt. El diez y ocho, los prusianos, que habían pasado ya el Mosela en número de doscientos treinta mil, se lanzaron hacia las once al asalto de las posiciones francesas, extendiéndose el ataque en toda la línea. Fué aquello, por el número y la tenaz energía de los combatientes, una batalla formidable. Los franceses se resistieron victoriosamente en las tres cuartas partes del campo de batalla; cedieron en la extremidad de la línea, á la derecha, hacia Saint-Privat y Roncourt, donde el valiente Canrobert, después de una defensa heroica y de haber causado innumerables bajas á los agresores, hubo de abandonarles sus posiciones. ¿Qué hacía en tanto Bazaine? No se movió del cuartel general; no envió ninguna instrucción á los jefes de cuerpo; tuvo junto á sí, inactivo, á su estado mayor, y no se tomó siquiera el trabajo de preguntar qué pasaba en Saint-Privat. Al día siguiente por la mañana, hizo entrar todo el ejército en el campo atrincherado, alrededor de Metz, con nuevo asombro de los soldados, que decían: «¡Nuestro regimiento ha rechazado al enemigo, y retrocedemos!» Desde este instante, aquel gran ejército quedó paralizado y separado del resto de Francia, por culpa de su general, que iba á ser causa también de la pérdida del otro ejército.

Mac-Mahón había llegado á Chalons el catorce; el Emperador llegó el diez y seis. Al día siguiente, después de varias consultas, se acordó nombrar comandante de París al general Trochu, el cual marcharía inmediatamente á la capital, y unas horas después el Emperador, y luego el mariscal con el ejército, empezando por enviarse desde luego á la guardia móvil. Este plan fracasó por exigencia de la Regente y de Palicao, empeñados en que el ejército de Mac-Mahón fuese á unirse con el de Bazaine. El veintiuno, creyendo Mac-Mahón, por un falso rumor, próximo al enemigo, ordenó precipitadamente un movimiento hacia Reims, donde se celebró consejo de guerra, con asistencia de Rouher, el cual insistió en que se fuese al socorro del ejército de Metz. Mac-Mahón, enterado de que, de los ejércitos primero y segundo prusianos, se había separado un nuevo ejército de ochenta mil hombres en dirección á Verdun, y que el Príncipe real de Prusia avanzaba con ciento cincuenta mil hombres por Vitry, propuso volver á París el veintitrés, á no ser que se recibiesen para entonces nuevas instrucciones del general en jefe Bazaine. Rouher cedió; pero en París halló á la Emperatriz y á Palicao, inflexibles. El veintidós, el ministro de la guerra expidió á Napoleón un despacho seco y terminante